



El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponerse al gato. Lo que fuere sonará.

LAS MULTAS RUSAS.

Si continúa la guerra en Polonia, antes de poco, el estado de la hacienda rusa será maravillosamente satisfactorio.

Es todo lo contrario de lo que pasa en las demás naciones en tiempos de guerra. Lo que para estas es una ruina, es un gran recurso para aquellas.

Allí se ha inventado infinidad de medios para abrumar a los polacos á fuerza de impuestos, ó mejor dicho, de multas.

Ejemplor:

Un pobre hombre, un pacífico ciudadano ronca á más y mejor, cuando de pronto se siente sacudido no muy suavemente que digamos.

Es que una especie de alguacil ó municipal le despierta.

Vamos, perezoso, le dice, levántese V.

Hombre! ¿por qué? ¿qué quiere V?

Que se levante V.

Si no son aun las siete.

¿Y qué? Está mandado que todos los polacos madruguen.

Hombre, no lo sabía.

Por esta vez, no pagará V. mas que una multa de doce rublos.

—Pero esto es una injusticia.

—No hay que replicar ó paga V. doble. Hágame V. el favor de rascarse pelo arriba inmediatamente, porque aquí á nadie se fia.

—Vaya! tome V. los doce rublos.

—Muchas gracias, y V. dispense la incomodidad.

—A propósito, ¿tiene V. un hijo?

—Sí, señor, para servir á Dios y á V.

—¿Qué edad tiene?

—Hombre, á V., ¿qué le importa?

—Cuando lo pregunto, no será sin falta de misterio.

—Pues tiene veintiseis años.

—Diga V., ¿y es casado?

—No, señor, en mi familia no se casa nadie.

—¿Es decir, que no tiene novia ni V. le ha buscado ninguna proporción?

—No, señor.

—Pues entonces pagará V. una multa.

—¿Calle! ¿por qué?

—Porque todos los jóvenes deben casarse á los veinticinco años.

—¿Y quién tiene que meterse en eso?

—Perdone V., ayer se ha publicado la orden.

—Pues hijo mío, es la primera noticia que tengo.

—Felizmente para V., porque si tuviera V. alguna, sería V. doblemente culpable y se le condenaría al máximo de la pena. Así, pues, no pagará V. mas que cincuenta rublos de multa.

—Pero hombre, eso es...

—Ni una palabra más ó no admito circunstancias atenuantes.

—Vaya, tome V., ¿está V. contento?

—Sí, señor, es V. un hombre con quien puede tratarse... Pero, ¿qué es lo que veo en esa silla?

—Ese es mi chaleco.

—¿Con dibujo escocés á cuadros!

—Sí, señor, ¿no es verdad que es muy bonito?

—V. es sospechoso.

—¡Yo!

—Sí, señor.—Ya hemos visto muchos chalecos iguales; V. es conspirador.

—¿Calle V., hombre!... ¿Yo conspirador?

—Como que estoy por enviarle á V. á Siberia.

—Le juro á V. que soy inocente.

—Bueno, la facha de V. me hace creer que dice V. verdad; pero por tener un chaleco de ese dibujo, pagará V. doscientos rublos.

—Poco á poco, lo que es eso...

—Pues se dará V. un paseo por Siberia.

—No, no señor... Tome V. y váyase V. al infierno.

—¡Voto á Dios! ahora advierto una cosa.

—¿Qué tiene V.? ¿Se ha puesto V. malo? ¿Se le ha olvidado á V. el pañuelo?

—No es eso, es que me está V. hablando en polaco.

—¿No sabe V. que está espresamente prohibido ese idioma?

—Ya lo sabía, pero es que...

—¿No sabe V. que se hace V. acreedor al mas severo castigo?

—Ya lo sé, pero es que...

—No sabe V. que no se puede hablar mas que en ruso castizo y correcto?

—Es verdad, pero es que...

—¿Qué? ¡vamos á ver!

—Que me parece que V. está hablando polaco desde que entró en esta su casa.

—Eso no importa; V. debía contestar en ruso. Pagará V. cien rublos.

—Amigo mío, hasta aquí llego; no tengo mas dinero en casa.

—¿No? pues entonces le confisco á V. los muebles.

—Y á una señal, entran cuatro cosacos y cargan con los trastos.

—Por esta vez dejo á V. el chocolatero y una silla. Que V. lo pase bien, y dispense V. la franqueza.

MEMORIAS de un hombre de mundo.

PRIMERA PARTE.

Vine al mundo una noche después de nueve meses de encierro, como dice Breton, en oscuro calabozo con las piernas en cuclillas y los puños en los ojos.

El lugar de mi nacimiento fué un pueblo de Andalucía, y mi madre era una señora muy antojadiza, que á un antojo suyo debo un cangrejo que tengo perfectamente pintado en la rodilla, y un sable de caballería que tengo en medio de la espalda á consecuencia de una gran parada que hubo en Madrid, y á la que mi padre llevó á mi madre para que se distrajera un poco de sus temores y sus aprensiones, porque han de saber ustedes que yo fui primerizo, es decir, que lo fué mi madre, que yo, gracias á Dios, no me he visto nunca en estado interesante, por mas interesante que haya sido.

No me acuerdo de los tranquilos, placidos dias de mi infancia, y solo sé por haberse oido referir á mi padre, que fui un chico lloron, mamon y voluntarioso, y que mi padre estaba desesperado conmigo, porque no parecia sino que yo habia venido al mundo para ser su mayor enemigo, y no le dejaba ni trabajar, ni dormir, ni por pasearme de noche estuvo tres años seguidos consintado, y por mí vino al fin á quedarse luego en camisa ó sin camisa, que viene á ser lo mismo. Mi madre me queria mucho, como era natural, y yo fui siempre la causa de la mayor parte de las disensiones que hubo entre mi padre y mi madre, que mas de una vez estuvieron á punto de separarse, y no se separaron, porque los dos se habian acostumbrado á vivir juntos, y á reñir, y á ser desgraciados, y se hubieran muerto de fastidio viéndose condenados á vivir lejos uno de otro y tranquilos y pacíficos. Tanto se ocupaban en todo lo que á mí se referia, y en hacerse la oposicion acerca de la mejor manera de educarme, que á los once años no sabia yo leer, ni me entretenia en otra cosa que en hacer la guerra á los gatos propios y ajenos, y jugar en la calle con mis vecinos de la misma edad, alguno de los cuales conserva aun la señal de alguna pedrada mia, y entre los que ejercia yo cierta autoridad, por haber demostrado mas de una vez que era el mas fuerte, y si no el mas fuerte, el mas atrevido, —que la osadia es la gran fuerza de nuestro siglo, ó mejor dicho, del siglo de ustedes, que ahí se lo dejo yo; que ya soy viejo, y siento que me llega la hora de despedirme del mundo para ir eternamente. Ello era que los chicos todos me halagaban porque me temian, y me buscaban porque, teniendo yo la reputación

cion de un demonio en la vecindad, de sus escapatorias y de sus desmanes podían echar sobre mí la responsabilidad. Algunas veces mi padre me sentó la mano, pero tanto desagradaba este proceder á mi madre, que al fin hubo de renunciar á emplear en mí aquella clase de argumentos, aunque protestando solemnemente, y augurando que los mimos de mi madre serían mi perdición.

Ya tenía yo doce años cuando aprendí á leer, cosa que no me costó ningún trabajo, porque nunca he sido torpe,—aunque no está bien que yo me alabe,—y algún tiempo después empezaron á pensar y á discutir las personas de mi familia cuál habría de ser la profesión á que se me dedicara.

Tenia yo un tío, que había hecho la guerra, y vuelto de este ameno entretenimiento con un ojo, un brazo y una pierna menos, y se empeñaba en que yo había de ser militar.

No había mas que mirarle para ver todas las ventajas que se me ofrecían, siguiendo la carrera de la milicia, y mi madre se horripilaba solo de pensar que pudiera yo tomar un fusil en la mano,—y no era lo malo que yo lo tomara, sino que al mismo tiempo lo tomara otro de otra nación ó de otro partido con la piadosa intención de ponerme en estado de no poderlo tomar.

Un beneficiado de Astorga, que era tío de mi madre, quería dedicarme al claustro, pero mi padre auguraba que ya tenía yo bastante con el tiempo que pasé en el claustro materno.

Una hermana de mi madre, vieja desdentada y marisabidilla, que tenía en la uña todas las novelas de aquel tiempo, quería que se me enviase á París á educarme, en donde podría llegar á ser *abate*. Para mi madre era esto lo mismo que si se me enviara á la isla mas lejana y desconocida; además, por lo que su hermana le había referido de algunos *abates* de las novelas á cuya lectura era tan aficionada, no solían ser estos muy rigorizados en sus costumbres y en sus aficiones.

La medicina fué igualmente rechazada por aquella honrada familia, que se espantaba de pensar en que los médicos tienen que ver muertos, y en días de peste desañar valientemente el contagio, y tratar y cuidar con el mismo amor al mendigo miserable que al magnate mas opulento.

Tampoco gustaba á aquellos señores la farmacia, que es cosa enfadosa eso de andar siempre con el mortero á vueltas, y haciendo ungüentos, y cataplasmas, y redondeando píldoras, y estudiando aquellos endiablados nombres latinos de las plantas, y aquella complicada clasificación de medicinas, y aquel penoso descifrar y traducir las recetas, y luego es mucha la responsabilidad de un boticario, si se equivoca y dá por medicina lo que en cuatro horas puede llevar á un prójimo á la eternidad, etc., etc.

No había entonces muchas profesiones en que escoger, y mucho menos no queriendo mis padres que fuera sastre, pintor, músico, cómico, tórer, ni bailarín,—que entonces el baile no tenía malas consecuencias;—no había cátedra de diplomática, ni se había propagado tanto el periodismo, ni siquiera podía uno ser telegrafista.

—Mi padre era un buen hombre, francote, llano, tan amigo del pobre como del rico, y por él no hubiera dejado de dedicarme á algún arte decoroso, ó seguido algunas de las carreras que se me proponían, esceptuando la del claustro,—que no me consideraba él,—mi padre,—con muy buenas disposiciones de fraile, y decía el buen señor muchísimas veces que de ser fraile, ó serlo bueno, ó no ser fraile, en lo que tenía razón como en otras muchas cosas, de que ya se hablará mas adelante;—pero mi madre era una señora, que aunque honrada esposa y amorosa madre, era tonta rematada,—que bien se puede ser buena y tonta de capirote á un tiempo mismo,—y tenía en mucho la clase á que pertenecía ella, y á la que pertenecía yo por consiguiente, que á mi padre, como nunca hablaba de su clase, no le concedía mi bendita madre clase ninguna, y solamente le encarecía lo mucho que había ganado él con entrar en una familia de la clase de la familia de mi madre, quien cifraba todo su orgullo y toda su clase en que un ascendiente de su familia había sido pagé, no sé si de Don Pedro el Cruel ó de D. Enrique el Fratricida, y un cuñado de este paguecito había llegado por sus méritos y servicios á veinte y cuatro, que es un bonito modo de reproducirse, y otro ascendiente de este veinte y cuatro había sido asistente de Sevilla, no sé si de la ciudad ó de algún ascendiente del picador de toros Sevilla. Ello era: que mi madre deseaba para mí una gran posición, y un gran casamiento, y no sé si también un gran entierro; es decir, que todo lo quería grande, y todo le parecía poco para mí, que de tan magnífica, antigua y famosa clase había nacido, clase de la cual era mi padre indigno, según le decía muchas veces mi madre, y según se había convenido en la familia de mi madre.

Y tanto oí yo hablar de la clase á que pertenecía misobrería persona por parte de madre, que también á mí me dió la enfermedad de la clase, y yo también me creí superior á los chicos todos que jugaban en la calle conmigo, y de allí el sistema que adopté de zurrarles la badana, y de no permitir que ninguno me alzara el gallo, y dar, en fin, decoro y prestigio á la clase de mi madre, á quien llegué á mirar con mas consideración y respeto que á mi padre, de cuya clase no tenía noticias diarias como de la de la autora de

mis días, y que muchas veces hablaba de nuestra clase con soberano desprecio, gracias á que ya no vivía el asistente de Sevilla, que hubiera sido capaz de encerrarle en el mas sombrío, húmedo y misterioso calabozo de la Santa Inquisición, y de arrancarle los dientes, y tenerle puesto el borecegui, y obligarle á tragar agua hasta que confesara su delito, que le hubiera llevado en breve espacio al *brasero*.

Y resultó que por la clase de mi madre, y de la familia de mi madre, y por la apatía de mi padre,—apatía muy disculpable, porque vivía el pobre frito en su casa, y había agotado ya sus fuerzas en la lucha con su mujer, y no tenía otro deseo que vivir tranquilo y descansar de las fatigas de la guerra del matrimonio, que estas sí que son fatigas, y no las de la guerra que se hace en los campos de batalla, guerra siempre mas noble y generosa, mas amena y divertida y mas gloriosa sobre todo que la guerra que ruge en el seno del hogar doméstico,—y por mis excelentes disposiciones de holgazan, despues de muchas animadas discusiones, despues de muchos consejos y pareceres, se decidió que yo no seguiría carrera alguna ni me dedicaría á ningún arte, es decir, se decidió que yo no fuera nada.

Y aquí acaba la primera parte de estas memorias, que escribo hoy, mirando con un ojo al mundo y con otro al ataud.

HISTORIA

de un billete de Banco.

(Conclusion.)

La suerte me dió á un hombre ya viejo, comerciante en perros de todas clases, relojes de toda procedencia y cigarros de contrabando, concurrente asiduo á las novenas y á todo género de funciones religiosas, cívicas, militares y políticas, por pura devoción al bolsillo del prójimo. Cuidábase poco aquel apreciable industrial de las grandezas humanas; vestíase por tributar el acostumbrado culto á la decencia, pero se le veía siempre remendado, y muchas veces roto, sin que por eso tuviera él peor idea de sí mismo ni le importase un ardite la opinión de los demás acerca de su filosofía, y sus pantalones remendados, y su camisa hecha girones á consecuencia quizá de lucha singular sostenida contra los agentes de la autoridad; y despues de hacer notar estas cualidades, no se extrañará que mi hombre me perdiera por haberme colocado en un bolsillo roto de su chaqueta, del cual me escurri bonitamente, contento de verme fuera del poder de aquel ciudadano; caí en el suelo y él siguió andando tan tranquilo, bien ageno de la sensible pérdida que acababa de experimentar. No estuve mucho tiempo en el suelo, porque una, que parecía buena mujer, y que lo era, en efecto, me recogió con otros siete compañeros míos, de igual valor que yo, que habían seguido mi ejemplo y abandonado el descosido bolsillo de aquel tonador de todo lo que no le daban; nos miró con asombro la pobre mujer, y condoliéndose del infeliz á quien pertenecíamos, y preguntando á todas las personas que encontraba si habían perdido algo, llegamos á una casa de miserable aspecto, y á una habitación estrecha, alta, fria, en la que cosía con afán una jóven bella, modesta, triste y pálida, que era hija de aquella señora, viuda que, según supe, tenía cuatro reales diarios de pension; dió cuenta del hallazgo á su hija, que ni siquiera nos miró, ni vi en sus ojos la mas ligera sombra de codicia y alegría; dolieronse madre ó hija de la mala suerte del desdichado que había perdido aquella cantidad, y cuando estaban haciendo desconsoladoras reflexiones acerca de la poca equidad con que la fortuna reparte sus favores, entró en la misera estancia un jóven robusto y galan, casi llorando, que aquel mismo dia había tenido la suerte de caer soldado, peligro que ignoraban su madre y su hermana, á quienes nada había querido decir hasta el último momento. La desesperación mas horrible se apoderó de las dos mujeres al saber aquella noticia, y en vano procuraba consolarlas el quinto. Aquel pobre jóven no tenía medio alguno de evitar la inmensa desgracia que caía, mas que sobre él, sobre las prendas queridas de su corazón.... Y allí había 8,000 reales que la madre había encontrado en la calle, precisamente la cantidad con que su hijo podría quedarse á su lado, y ni ellas ni él, cuando tuvo noticia del hallazgo, pensaron que podían disponer de los billetes de Banco, cuando ningún mal podía resultarles, y nadie se les quejaria. Lo único que resolvieron acerca de los billetes, fué leer durante unos dias el *Diario de avisos*, por si la persona que los había perdido anunciaba las señas de su casa. Y, en efecto, dos dias despues el *Diario*, espresando el sitio en que se habían extraviado, la cantidad que representaban los billetes, y ofreciendo un buen hallazgo, y encareciendo la caridad de la persona que los hubiese encontrado en favor de un infeliz que no tenía otra fortuna para su vejez, daba las señas de la casa donde se esperaba la devolución. Aquellos tres desdichados seres, ya que no tenían alegrías propias, quisieron regocijarse una vez, siquiera con la alegría agena, y los tres fueron á entregar los 8,000 rs. al indus-

trial de que ya tienen VV. noticia, que los recibió llorando y los despidió riendo, asegurándoles su agradecimiento y demostrándoselo con una moneda de 100 rs., que el presunto soldado tomó para no humillar á aquel miserable, y que se aplicó á cinco misas por el alma de su padre, hombre honrado que, si no había podido dejar á su familia bienes de fortuna, la había dado con su ejemplo y sus lecciones una fortaleza inquebrantable de alma y una hidalguía de sentimientos, de mas valor á los ojos de Dios que todas las fortunas del mundo. Mucho sentí verme en poder de aquel mal hombre, y me causó gran satisfacción que, pasado algún tiempo, fué secuestrado por la autoridad, que se apoderó de mi dueño, que probablemente estará ahora estinguendo su condena en algún presidio, y pasando de uno en otro continué mi peregrinación por el mundo, haciendo beneficios algunas veces, y siendo otras causa, pretesto y cómplice de picardías. Con mi ayuda se hicieron horribles comercios, espantosas ventas y desgracias sin cuento; fuí base de algunas fortunas, aunque tan exiguas es la cantidad que represento, y no pocas veces fuí origen de la perdición de algunos seres nacidos con valor para todo, menos para el dinero, que se humillan ante el dinero, y este los atrae como el iman al acero. ¿Y dónde vine á parar?... Donde menos podía figurarme; pero la Providencia es tambien justa con el dinero, cuando el dinero se ha conducido bien alguna vez en su vida.—Vine á dar en las honradas manos del hijo que cayó soldado el mismo dia que su madre encontró 8,000 reales en billetes de Banco; ya era teniente, y me recibí con notoria alegría, porque yo estaba destinado á constituir el dote de su hermana, que se casó de allí á poco tiempo. Y tan honrado, tan económico era este matrimonio, que siendo pobre y no fiando su fortuna mas que en el trabajo, muchas veces me he visto acompañado de otros billetes; y como si conociera la pobre muchacha que pertenecía yo á aquel dinero que el demonio le presentó á su madre para perderla, para hacerla cometer una falta, no se desprende nunca de mí este honrado matrimonio; y si alguna vez el marido me ha querido cambiar,—que al fin él ninguna consideración tiene que guardarme,—lo ha intentado siempre cuando no hay cambio de un billete por un ojo de la cara.... ¡Ojalá me conserve esta familia, que vive tan honrada y tan tranquila!... Dios me libre de verme algun dia en la humillante cola del Banco de España!

BIBLIOGRAFIA.

El general Ros de Olano ha tenido la bondad de remitirme un ejemplar del libro que recientemente ha dado á la prensa, titulado *El Doctor Lañuela*, favor que le agradecemos extraordinariamente, porque la lectura de ese libro, pequeño por el volumen, y grande por los pensamientos y el estilo, nos ha causado un placer, que no cambiariamos por el mayor que puede hallar un hombre en la vida efímera del mundo. *El Doctor Lañuela* no es una novela, propiamente dicha, no es un poema, no es una invención de la fantasía; es, como dice su autor, historia del corazón donde el dolor adultera con la risa, y del consorcio, añade, nace un libro híbrido.... Nosotros diremos que nace un libro de inapreciable valor, que es el libro de un poeta, de un novelista, de un profundo pensador, de un hombre, en fin, de poderoso talento.

Hacer un juicio crítico de este libro, es superior á nuestras fuerzas, y es imposible de toda imposibilidad dar de él una idea exacta al lector. Lo mejor que pueden hacer los lectores de *EL CASCABEL* es procurarse el libro, cuya lectura les sorprenderá agradabilísimamente y les cautivará desde la primera página.

Damos la mas cordial enhorabuena al general Ros de Olano, que es tan bravo soldado como castizo y elegante escritor.

CASCABELES.

Por supuesto, que hemos suprimido el aviso á los suscritores, cuyo abono termina con este número, que bien cuidado tendrán ellos de renovarlo, si *EL CASCABEL* ha tenido la dicha de agradecerles.

Algunos suscritores perderemos, gracias al servicio de correos que hay en España con este, con aquel, con el otro y con todos los gobiernos; el suscriptor que recibe un solo número en un mes, ó no recibe ninguno, que todos los dias tiene que gastar dinero en sellos para franquear las cartas en que los reclama, ¿cómo ha de querer suscribirse á este ni á ningún periódico?...

Y la renta siempre gana, porque cuanto menos regularidad haya en el servicio, mas sellos se emplean en

las cartas de reclamacion que se dirigen á las empresas.

Pues este es sermón perdido, que es predicar en desierto, y como decir á un muerto una palabra al oído.

Los periódicos políticos andan estos días muy ocupados en discutir sobre la conveniencia ó inconveniencia de la reduccion de los días festivos.

Mejor sería que trataran de la reduccion de las ambiciones sin méritos, de los vagos que andan por ahí y todos los consideramos como si fueran hombres útiles al país, de los periódicos politiquillos que de nada sirven algunos de ellos, y de otras muchas cosas de que ya iremos haciendo mención.

Solucion de los logogrifos insertos en los números anteriores.

Si tuviera una cartera, y una novia y una llave, por la calle, Dios lo sabe, bailando el bolero fuera.

Un bolerito viejo.

Aconsejando días pasados á cierto señor, gran trapisondista y que debe á todo el mundo, y que siempre tiene en la escalera, en las esquinas, en los cafés, hasta en el portal de la casa de su novia, ingleses que le esperan, unos con la ilusion de que los ví á pagar y otros con garrotes, le advertia un amigo los peligros á que se espone el que vive de la trampa y la ferocidad de los prestamistas usureros, y le decia:

Mira, chico, que con ingleses no puede vivir nadie más que Garibaldi.

Mientras nos ocupamos con mas atencion en dar á conocer las bellezas de Los Proverbios ejemplares que ha publicado nuestro amigo don Ventura R. Aguilera, recomendamos al público esta obra.

El periódico Las Circunstancias, uno de los infinitos que salieron á probar fortuna despues de la aparición de EL CASCABEL, ha suspendido su publicacion.

ROMANCES POPULARES,

por D. CARLOS FRONTAURA

II.

Amar al prójimo.

Quiso Dios omnipotente, misericordioso y sabio, que los hombres en la tierra viviéramos como hermanos; que siempre hallara en su prójimo consuelo el hombre y amparo, y hubiera paz y concordia eterna entre los humanos... Ejemplos de amor inmenso legó Dios al mundo ingrato, y al hombre dió la conciencia, que es castigo del malvado, y satisfaccion del bueno que vive al prójimo amando. Hoy, al ver cómo los hombres cumplen el precepto santo, parece que locos, ciegos, de su Dios se han olvidado; parece que la soberbia, la vanidad, el descaro, todas las pasiones malas, todos los instintos malos del corazón de los hombres han ido á traicion ganando. Hombres hay que han resistido y no son del mal esclavos, y virtudes que no ceden del vicio al traidor halago; mas ¡ay! que aquellos son pocos, y estas ocúltanse tanto, que hay incrédulos que creen

Sentimos esta suspension, que creemos ha de causar honda perturbacion en Europa.

CHARADITA.

Una letra es la primera, la segunda repetida se encuentra en todas las calles, y detrás de cada esquina, y segunda con primera es entrada y es salida, y el todo es un gran empleo, y un grado de la milicia.

La Abuela ha tenido regular éxito, gracias á un efecto de luna.

Pobres y Ricos, drama mas bombeado por los periódicos, que Sevilla por Espartero, hizo fiasco; procure otra vez el autor poner un efecto de luna ó de sol, y el efecto será seguro.

Don Giovanni, en el Real, no gusto á los señores. Sentimos todas estas desgracias.

Segun una carta de Marsella, los embajadores japoneses han asistido al teatro, donde lo que mas les ha complacido ha sido el baile. Vemos en mal camino á estos apreciables jóvenes.

Estos embajadorcitos se suenan como los salvajes de la India, y como los salvajes de Madrid y otras partes, es decir, con el pañuelo de cinco puntas, y los mas finos con un papel que luego se guarda en el bolsillo. Lo que creemos que es todavia peor que el otro sistema.

Si vinieran á Madrid, EL CASCABEL tendrá mucho gusto en regalar á cada uno un pañuelo de dos reales.

Que me los traigan! Hablo de los embajadores japoneses. Que vengan acá esos hombres de poco pelo, y yo saldre bailando á recibirlos y los llevaré á un baile de esos de La Floreciente ó La juventud española, á disposición de las modistas de la corte.

La Iberia publica un anuncio que dice: «Doña María Oscoz, curandera bien acreditada, mediante Dios, cura mal de alcance, hidropesia, herpes, males en las

que es la virtud nombre vano, y hallándola en su camino, piensan impios acaso que es la virtud una máscara hipócrita del engaño!... ¡Infeliz quien eso piensa, quien no comprende menguado la virtud que sufre y calla sin soberbia, sin aplauso, sin guardar en el mundo, y solo en Dios esperando, vive modesta, ignorada, de su fé y de su trabajo!

Mas no he de ponerme serio, ni quiero cantar llorando, que ya, desde que se finge también como todo el llanto, de las lagrimas el mundo hace poco ó ningún caso... Cantar quiero como canta quien espresa con su canto el placer y la alegría, con afán, con entusiasmo, al compás de una bandurria, cantando á grito pelado; no como canta en su nido el pajarillo, esperando á la madre que no vuelve, que presa en la red, acaso se despidió de su hijuelo y se despidió cantando; no como la madre hambrienta canta meciedo en los brazos al hijo que está muriendo cuando ella canta llorando!...

Como nos queremos todos los que en el mundo habitamos, con qué afecto, con qué gusto nos damos todos las manos! ¡cómo al débil protéjemos! y al caído consolamos! ¡qué tierno amor, qué armoniosa qué dulce reposo grato, qué desinterés tan puro reina ya entre los humanos,

piernas, roturas y relajaciones de carne y toda clase de cistira y rijas,» (y suprimimos por respeto al público, los nombres de otras enfermedades, cuya curacion anuncia Doña María).

¿Dónde ha estudiado Doña María?

¿Quién ha autorizado á Doña María para meterse á curar á nadie?

¿Qué gobierno hay en España que no averigua cómo y cuándo, y por qué Doña María anuncia al público que cura esas enfermedades?

Y La Iberia, que es un periódico ilustrado, fundado por Calvo Asensio, uno de los mas celosos defensores de la ciencia médica y de los profesores de medicina, ¿cómo inserta ese anuncio?

Los anuncios de los curanderos no debian publicarse en ningún periódico.

Con este número cumple siete meses EL CASCABEL, al cumplir nueve se soltará á andar, y se declarará independiente.

Anoche me acosté y me puse á leer los periódicos con objeto de instruirme y dormirme pronto.

Todos hablaban de paz, todos entonaban himnos á Minerva, la diosa de la reconciliacion.

Todos insertaban correspondencias extranjeras, tranquilizadoras y pacificas.

Pues señor, no hay mas; vá á volver la edad de oro, tan encarecida por personas que no la han conocido.

Y diciendo esto apagué la vela, me encasqueté mi gorro de algodón, y me volví del otro lado.

De pronto, sin saber cómo ni cuándo, me encontré trasladado á Polonia.

Mourawieff habia convocado á los polacos en la gran plaza de Varsovia. Allí estaba él tan guapo, á caballo, y rodeado de un brillante estado mayor.

Todos los polacos se estaban preparando á bien morir.

Mourawieff tomó la palabra y habló en estos términos:

«Mis estimados amigos. Rusia se arrepiente de haberos hecho sufrir tanto. Yo estoy tras pasado de dolor, pero mi conducta tiene excusa; yo soy soldado, y mi deber es la obediencia.»

Los polacos se miraron con asombro; no les tenían todas consigo, y sospechaban que aun faltaba el rabo por desollar.

Mourawieff continuó: «Queremos reconciliarnos con vosotros, porque estamos en primavera, y esta encantadora estacion en

y qué afán de ver al prójimo rico, alegre, gordo y sano!...

Por un empleo, eso sí, tal vez nos despellejamos, que somos para un empleo lo menos noventa y cuatro, y todos estamos siempre á los nuestros esperando,

y cuando los nuestros llegan y no nos arriman algo, los nuestros no son los nuestros.

¡Guerra! ¡Guerra! cantamos Guerra al infiel ministro!

que el turron nos ha negado. Un empleo, un buen empleo es nuestro desideratum,

que empleado es como está un hombre bien empleado, y no metido en su casa calentándose los cascos,

haciendo planos, dibujos, ó comedias, ó estudiando, ó resolviendo problemas,

ó con la aguja en la mano, ó manejando el escoplo, ó el clarinete tocando.

El día que no haya empleos seremos todos hermanos, lo malo será que entonces estaremos todos calvos,

es decir, que será el día en que el mundo haya tronado.

Los periódicos, que hay pocos, son ejemplo bien exacto del amor y la armonia de nuestros contemporáneos.

De la pública opinion sois som autorizados y se llaman justamente cuarto poder del Estado...

y pudieran á fé mia hacer mucho bien, mas hallo que por no seguir de Dios el sabio precepto santo,

no hacen todo el bien que hicieran siendo desinteresados.

(Se continuará.)

que la naturaleza nos sorpre vestida con todas sus galas; parece que convida á los hombres á la paz y á la armonía.

»Hemos seguido zurrándonos la badana, porque pensábamos que alguien vendría á socorrernos, y hubiéramos sido una cobardía ceder ante amenazas; pero como todo el mundo se ha llamado andana respecto de vosotros, sería una falta nuestra muy grave continuar en la grata tarea de sacudir el polvo.

»Seamos, pues, amigos; os concedemos todo lo que habéis deseado, y señalamos como indemnización á cada ciudadano durante diez años una renta de mil rublos.»

»Ya yo á ir á dar un abrazo á Mourawieff, que me había hecho llorar, pero de pronto me encontré en Dni namarcá.

Estaba yo entre las trincheras de los ejércitos aliados y las fortificaciones de Dupell.—Oía el cañoneo, y confieso á ustedes que me hacía poquísima gracia hallarme en aquel sitio.

»Pero, ¿cuál fué mi asombro, viendo caer á mis pies multitud de flores!

De los cañones y los obuses no salían balas ni metralla, sino preciosos bouquets que embalsamaban la atmósfera.

Pregunté á un centinela la causa de aquel fenómeno, y el centinela me explicó que los austro-prusianos y los dinamarqueses habían firmado la paz, y por esto habían reemplazado á los proyectiles mortíferos suaves y olorosas flores.

En este momento una mano invisible me llevó nada menos que á América.

En las orillas del Misissipi dos hombres jugaban, no sé á qué tranquilamente, y de cuando en cuando se decían lo que tenían por conveniente.

»Hé aquí lo que les oí:

—Yo tuve toda la culpa.

—Te digo que toda la culpa era mía, que me he conducido como hombre sin juicio.

—Lo mas que puedo concederte es que los dos la hemos tenido.

Y volvieron á jugar.

»Aquellos dos hombres eran Jefferson Davis, el uno, y el otro Lincoln.

Y me desperté.

Escusó decir á ustedes que todo era un sueño.

Un periódico hablaba el otro día de un choque entre dos hombres públicos, de lo que resulta que estos dos señores deben ser dos trenes de mercancías, ó dos locomotoras, ó dos ómnibus.

El otro día debió abrirse el teatro de Aranjuez con El Tanto por ciento y baile nacional.

¡Triste suerte la de los que tomaran parte en este baile!

Dice un periódico que en la calle de Carretas se admiten huéspedes á 8 rs. con principio.

Entendámonos: ¿es que la patrona dá 8 rs. y principio á los huéspedes, ó que los huéspedes le han de dar el principio y los 8 rs?

Como sabemos que lo poco agrada y lo mucho empalaga, no damos hoy Noticias de El Cascabel.

Además, hemos visto que otro periódico ha empezado á dar, después de El Cascabel, noticias del mismo género, y esto basta para que las suprimamos por hoy y le dejemos libre el campo.

El CASCABEL procurará dar siempre la mayor variedad posible á su lectura, único medio, á nuestro entender, de continuar mereciendo el gran favor que el público le dispensa.

El día 3 de mayo próximo se abre el Circo del Príncipe Alfonso, cuya compañía dicen que es lo mejor de lo mejor.

Lo celebramos mucho, aunque, á decir verdad, no hay cabriola, ni salto, ni voltereta, ni equilibrio que nos puedan admirar en España, donde todos conocemos ya perfectamente las reglas del equilibrio, y hacemos prodigios de gimnasia con la mayor tranquilidad y casi sin movernos.

Leemos en un periódico: «Debiéndose verificar el descanso del Teatro Real el miércoles 27, ó el jueves 28, etc. etc.»

De esta noticia se deduce que el Teatro Real está cansado, y necesita descansar.

Y en verdad que debe estar cansado, y bien cansado el tal teatro, cansado de Mi Bagier, de ciertos cantantes y de tantos pollos y de tantos hombrucitos políticos que entran en él todos los días.

¿Qué pasa en las Escuelas Pías?

Yo no tengo en ellas ningún chico, pero me gusta saber.

Garibaldi ha publicado una hoja volante, despidiéndose de los ingleses.—¡Dichoso él!

¿Qué buen colaborador para El CASCABEL sería el señor de Garibaldi!

El gobierno actual tiene una suerte loca; en la época de su dominación van á hacerse muchas grandes cosas, porque todos son á presentarle proyectos colosales.

Vá á hacerse un teatro nacional, una cárcel igualmente nacional, el ensanche de Madrid, que es también ensanche nacional, y además, esto si que es importante y nacional, se le ha presentado y vá á presentarse un reglamento para las corridas de toros, obra magnífica de un aficionado.

Los gobiernos son como los hombres; unos nacen con estrella y otros estrellados.

En la comisión que se nombra para informar acerca del reglamento para las corridas de toros, tendrán cabida dos por lo menos de estos distinguidos y enérgicos animales, que son los mas directamente interesados en la cuestión.

Debe ser un hombre muy desgraciado el ministro y esposo de la apreciable reina de Madagascar, que ha sucedido en el trono á su primer—al parecer—marido, y á quien la sabia Constitución de aquel país prohíbe terminantemente la afición al zumo de cepas.

Dicen que Radama, el primer marido, no ha muerto, como se dijo, y anda oculto esperando que le llegue su San Martin; pues bien, el primer ministro y esposo de la mujer de Radama recibe, según dicen, todos los días desde hace tres meses, una cartita lacónica, pero expresiva.

El lunes, por ejemplo, la carta contiene lo siguiente: «Bribon, no he muerto. Ya volveré por ahí y te ahorcaré bonitamente.—Espresiones á mi mujer, y manda á tu afectísimo—Radama.»

El martes dice así: «No estoy muerto, como dices, gran indio. Pronto tendré la satisfacción de cortarte la cabeza. Memorias á mi mujer tuya, y dispon de tu apasionado—Radama.»

Y lo mismo todos los días de la semana.

¿Vive en efecto Radama, ó no vive?—¿Es acaso algún chusco el que quiere divertirse con aquel apreciable ministro?

Lo cierto es que este se va quedando flaco, flaco, y está cada vez mas cariacacontecido.

De esta historia podría hacerse una bonita zarzuela. Se la recomendamos á los cultivadores del género.

LOGOGRIFO

Ocho letras son las mias—y en ellas puedes hallar— un pueblo de Andalucía,—lo que los novios se dan,— lo que á todo el que navega—le gusta ver desde el mar,— lo que se ponen las niñas,—y se ponen las mamás,— y en lo que muchas se han puesto,—se ponen ó se pondrán,—dos cartas, unas mujeres,—lo que necesita mucho el que quiere gobernar,—lo que no eres tú, ni yo,— lo que se suele cruzar—entre potencia y potencia por la guerra ó por la paz,—por lo que vá á Panticosa mi vecinita Pilar,—lo que puede ser, cualquiera—con mucha facilidad,—lo que es la Plaza de toros,—ó la Puerta de Alcalá,—el que remedio no tiene,—como á tí te gusta estar,—un animal muy pacífico—y otro furioso animal,—lo que parece una viuda—que no hace mas que engordar,—lo que afirma, lo que niega,—lo que era un rey, muerto ya,—lo que del cólera temo,—lo que tú siempre tendrás, lo que es cualquier cosa siempre,—y en cualquier calle te dan—el todo, lector amigo,—con mucha formalidad.

Se anuncian dos nuevos periódicos políticos, uno español, La Nación, y otro español y francés.

Y luego dicen que en España no se puede escribir!

Hemos recibido, gracias á la amabilidad de su autor, un libro titulado: La mujer en el siglo XIX; del cual aun no hemos podido por falta de tiempo, mas que leer algunas páginas, pero estas son suficientes para comprender que el señor Llanos Alcaraz, su autor, es un

escritor de no vulgar talento, y que conoce el corazón de la mujer, á la que dedica su libro.

Recomendamos al público esta obra, que no es una obra vulgar, como tantas otras que con mucho bombo y platillo se anuncian por el mundo.

Dice un periódico: «Todavía no se ha identificado la persona del hombre, etc. etc.»

Esto es escribir bien.

En algunos periódicos se ha hablado estos días de un choque tenido (asi se ha escrito) entre dos hombres públicos.

¿No hay en la ley de imprenta un artículo que prohíbe muy sabiamente hablar de estos choques?

¿No castiga el Código á los protagonistas y cómplices de estos choques?

Fué tanta la cerveza que se bebió en Londres el día de la entrada de Garibaldi, como le llaman los ingleses, que cinco dias despues ninguna quedaba para escitar el entusiasmo. Por eso, los meetings amenazadores se han dispersado pacíficamente.

Por echarla de guapo, le dieron á don Juan ayer un lapo. Si no comprometerte es tu deseo, en todas partes échala de feo.

ADVERTENCIA.

Siendo muchas las personas que de Paris nos han escrito, preguntando cómo pueden hacer en aquella capital las suscripciones á EL CASCABEL, nos hemos puesto de acuerdo con la acreditada casa de Comisión de Mergeliza, calle de Hauteville, núm. 54, la que admitirá las suscripciones que se le presenten, y dará de ellas recibos impresos, dándonos aviso inmediatamente para que sean servidas con la mayor prontitud.

ANUNCIOS.

ALMANAQUE

cómico profético de El Cascabel.

Este libro, que contiene composiciones bellísimas de Hartzenbusch, Rubí, Serra, Selgas, Larra, Frontaura, Camprodon, Navarro, Regoyos, etc., etc., se vende á 2 reales en Madrid en las principales librerías y en la Administración de EL CASCABEL, Jardines, 11.

Se regala á los que se suscriban por tres meses al CASCABEL.

Los suscritores de provincias deberán remitir un sello de cuatro cuartos por el porte del Almanaque, al remitir el importe de la suscripción por tres meses.

EL CASCABEL.

PRECIOS Y PUNTOS DE SUSCRICION.

6 rs. por trimestre en toda España cuesta la suscripción de este periódico, que publica cinco números mensuales. Los suscritores de provincias pueden remitirlos en letras sobre correos ó sellos, cuando no puedan proporcionarse aquellas, á la Administración, Jardines, 11, librería.

En el Estranjero, 10 rs. por trimestre; en Ultramar, 40 rs. semestre.

EL GOBIERNO.

DIARIO POLITICO DE LA TARDE.

Cuesta la suscripción 42 reales al mes en Madrid, y 44 reales por trimestre en Provincias. Redaccion y Administración, Olivo, 6 y 8, principal.

EL DOCTOR LAÑUELA.

Episodio sacado de las memorias inéditas de un tal Josef,

POR D. ANTONIO ROS DE OLANO.

Un tomo elegantemente impreso: se vende á 19 rs. en las librerías de Duran, Bailly Bailliere y en todas las principales de España.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa, calle de Juanelo, núm. 19.